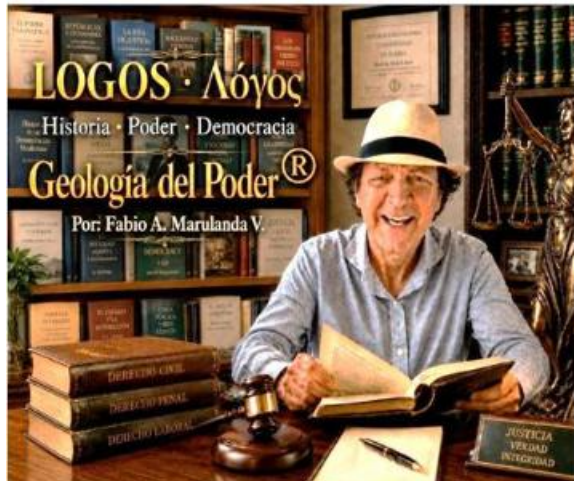


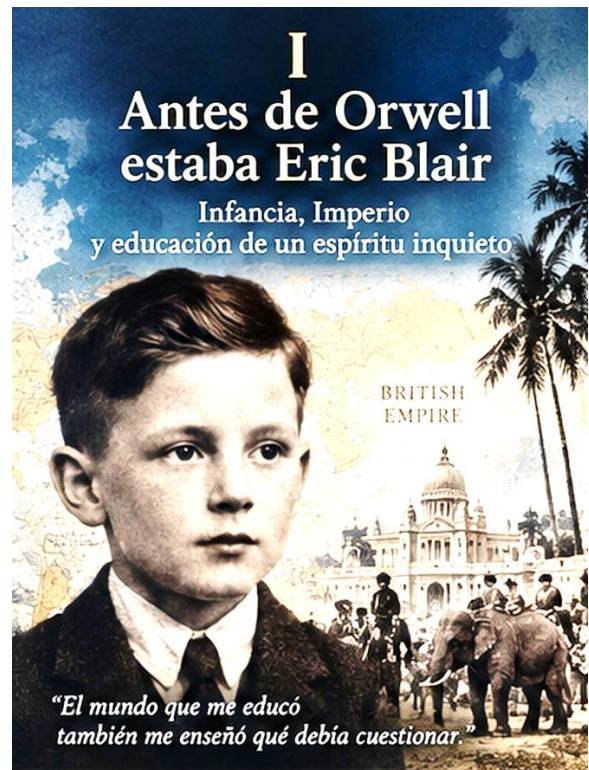
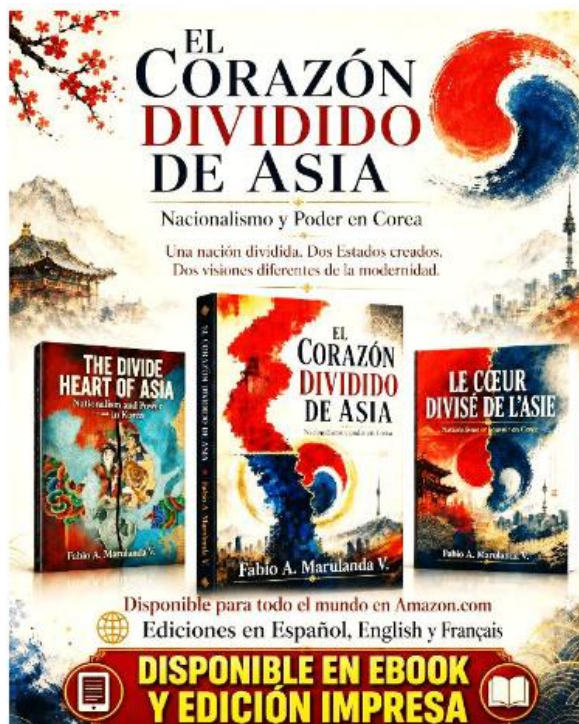


ANTES DEL GRAN HERMANO

*La vida que convirtió a Eric Blair en
George Orwell*

Fabio A. Marulanda V.**

*«Toda noticia tiene una historia. Toda
historia tiene una Geología del Poder®»*



Antes del Gran Hermano hubo un niño.

Antes de las telepantallas, del *Ministerio de la Verdad*, de los cerdos que aprendieron a caminar sobre dos patas y de aquella sociedad aterradora donde incluso los recuerdos podían ser corregidos por decreto, hubo un muchacho llamado ERIC ARTHUR BLAIR. Nació el 25 de junio de 1903 en Motihari, en la India británica, dentro de ese inmenso mapa coloreado de rojo que todavía podía llamarse Imperio sin ruborizarse. Su padre, RICHARD WALMESLEY BLAIR, trabajaba para la administración colonial británica como funcionario relacionado con el *Departamento del Opio*; la sustancia cultivada bajo control imperial era parte de una maquinaria comercial enormemente lucrativa para Gran Bretaña. La ironía parece escrita retrospectivamente por el propio ORWELL: uno de los grandes críticos del poder moderno nació literalmente dentro de una institución dedicada a administrar una de las formas más rentables del poder imperial.

La familia no era rica en el sentido aristocrático del término. ORWELL describiría

posteriormente su posición social mediante una de esas expresiones que revelaban su obsesión casi entomológica con las clases inglesas: pertenecían a la “*lower-upper-middle class*”, esa franja social que conservaba modales, educación y recuerdos de prestigio mucho mejor que dinero. La *Orwell Foundation* confirma esa procedencia y recuerda que BLAIR crecería con una aguda conciencia de las jerarquías que organizaban la sociedad inglesa.

Tenía apenas un año cuando su madre, IDA, regresó con él y su hermana a Inglaterra. El padre permaneció en India durante buena parte de su infancia. ERIC creció así cerca del centro imperial pero lejos del administrador imperial que era su padre. Estuvo enfermo con frecuencia desde pequeño, especialmente de problemas pulmonares que lo acompañarían durante toda su vida, desarrolló pronto esa combinación extraña de aislamiento, observación y literatura que reaparecería después en casi todo lo que escribió.

Su educación le enseñaría una segunda forma de poder: *la clase social*.

Estudió en *St. Cyprian's* gracias en parte a condiciones económicas favorables para la familia y posteriormente consiguió becas que lo llevaron a *Wellington* y, finalmente, a *Eton College*, uno de los grandes viveros históricos de las élites británicas. Era inteligente, buen estudiante cuando quería serlo y lector voraz. Pero también sabía que no pertenecía enteramente al mundo de muchos de sus compañeros. La Inglaterra que lo educaba repetía continuamente una lección que sus novelas terminarían llevando al extremo: *las sociedades clasifican a las personas mucho antes de preguntarles quiénes son*.

Ricos y pobres. Caballeros y sirvientes. Ingleses y colonizados. Quienes mandan y quienes obedecen.

Mucho antes de Oceanía, ERIC BLAIR había conocido ya *el arte social de organizar seres humanos por categorías*.

Su educación tampoco produjo al revolucionario inmediato que algunas retrospectivas quisieran imaginar. De niño escribió poesía patriótica durante la Primera Guerra Mundial. No nació denunciando el Imperio. Creció dentro de él. Eso vuelve su transformación intelectualmente mucho más interesante. Los hombres que cuestionan de verdad una institución no siempre vienen de afuera. A veces son aquellos que primero aprendieron perfectamente sus modales.

Al terminar *Eton* en 1921 no ingresó a *Oxford* ni a *Cambridge*. Su rendimiento académico de los últimos años no le garantizaba una nueva beca y su padre esperaba que siguiera una carrera imperial respetable. ERIC hizo entonces exactamente aquello que, leído desde el futuro, parece imposible: *entró al servicio del Imperio*.

En 1922 aprobó los exámenes de la Policía Imperial India y pidió ser destinado a Birmania.

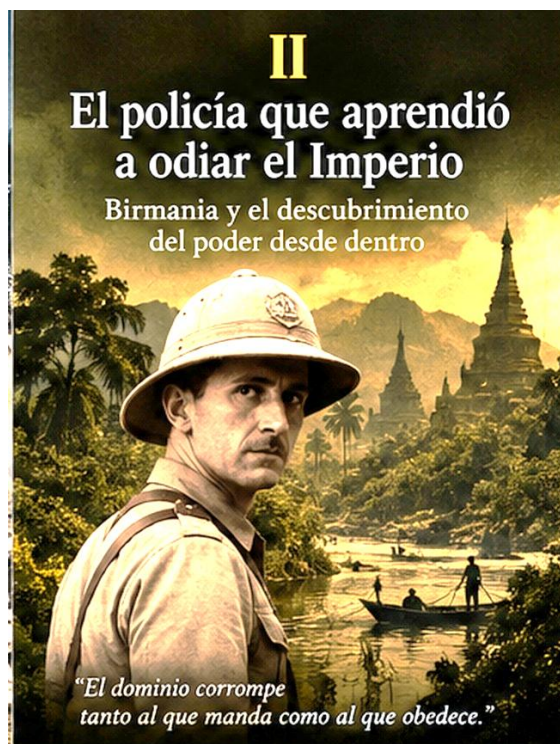
El futuro autor del libro *1984* comenzó su vida adulta usando uniforme.

No es un detalle decorativo de su biografía. Es el comienzo de todo.

Porque ORWELL no aprendió inicialmente qué era el poder leyendo a un filósofo. Aprendió viendo quién podía dar una orden, quién tenía que cumplirla y qué ocurre moralmente con un hombre cuando una estructura le concede autoridad sobre otros.

ERIC BLAIR todavía no era GEORGE ORWELL.

Pero ya había entrado al laboratorio donde empezaría a fabricarlo.



Birmania fue su primera educación política verdadera.

ERIC BLAIR tenía diecinueve años cuando llegó a una colonia gobernada por una estructura imperial cuyo funcionamiento descansaba sobre algo muy sencillo: una pequeña minoría extranjera podía mandar sobre millones de personas porque poseía burocracia, armas, tribunales, cárceles y una ideología suficientemente sólida para llamar *civilización* a aquella desigualdad.

Entre 1922 y 1927 sirvió en la Policía Imperial. Fue destinado a distintos lugares, administró estaciones policiales, reunió información y conoció desde dentro los procedimientos cotidianos mediante los cuales el Imperio convertía la supremacía política en rutina administrativa. Al consultar en su biografía, están registradas sus funciones policiales, sus desplazamientos y finalmente su salida de Birmania después de enfermar en 1927.

No regresaría.

Y algo más importante: *no volvería a mirar el Imperio de la misma manera.*

La ORWELL FOUNDATION resume el efecto de aquellos años utilizando precisamente el lenguaje que BLAIR emplearía después en *Shooting an Elephant*: había visto el «trabajo sucio del Imperio» desde demasiado cerca. La experiencia lo convirtió en un opositor permanente del imperialismo.

De Birmania surgirían años después *Burmese Days*, *A Hanging* y *Shooting an Elephant*. Pero las tres obras contienen algo más profundo que una denuncia colonial. Contienen el descubrimiento de que *el poder también aprisiona al hombre que lo ejerce.*

Ésa es quizá una de las primeras ideas auténticamente orwellianas.

El funcionario colonial parece poderoso. Puede detener, ordenar, investigar, castigar. Pero *debe representar permanentemente el papel del amo.* No puede mostrar miedo. No puede retroceder. No puede reconocer fácilmente una equivocación porque su autoridad depende de mantener la representación colectiva de la superioridad imperial.

En *Shooting an Elephant*, ORWELL convertiría esa contradicción en literatura: el hombre armado aparece como dueño de la situación mientras, en realidad, *está obligado a actuar por las expectativas de quienes lo observan.* El dominador termina sometido al papel que el dominio exige.

Décadas después, O'BRIEN le enseñará a WINSTON SMITH que el poder no necesita solamente obediencia exterior. Aspira a conquistar el interior de la persona.

La semilla de esa intuición puede rastrearse hasta Birmania.

También allí aparece algo que debemos evitar romantizar. ORWELL no se convirtió retrospectivamente en un santo anticolonial. Había compartido prejuicios de su época y mantuvo contradicciones que hoy resultan evidentes. Precisamente ahí reside la riqueza de su recorrido. Su pensamiento fue construido mediante fricciones entre aquello

que había aprendido a considerar normal y aquello que la experiencia le obligó a mirar.

Cuando volvió a Inglaterra en 1927 tomó una decisión que desconcertó profundamente a su familia: *renunció a la Policía Imperial y anunció que quería convertirse en escritor*. La decisión deterioró su relación con su padre durante años.

Aparentemente abandonaba una carrera estable por una fantasía literaria.

En realidad, estaba abandonando mucho más.

Había dejado de confiar en el mundo que debía administrar.

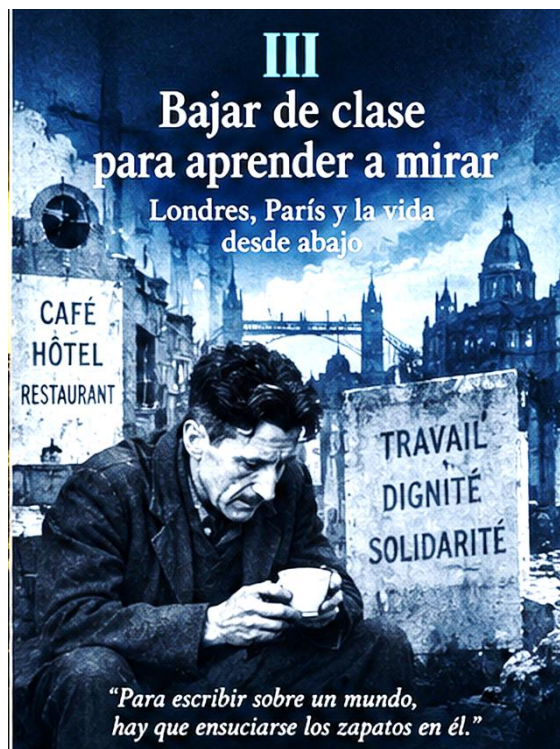
Pero ORWELL hizo después algo todavía más extraño. En lugar de regresar cómodamente a la vida de clase media británica desde la que podía escribir ensayos conmovedores sobre la injusticia, decidió aproximarse personalmente a aquello sobre lo que quería escribir.

Cambió el uniforme colonial por ropa gastada.

Comenzó a frecuentar barrios pobres, albergues y ambientes donde alguien con su acento y educación era inmediatamente reconocible como intruso.

Había aprendido cómo miraba el Imperio desde arriba.

Ahora quería aprender cómo se veía una sociedad desde abajo.



Pocos escritores han mostrado tanta obsesión por *poner físicamente el cuerpo dentro del tema que quieren narrar*.

Después de Birmania, ORWELL comenzó a mezclarse con vagabundos y trabajadores pobres en Londres. Vistió ropa vieja, visitó albergues y recorrió zonas donde la respetabilidad inglesa prefería no detener la mirada. Después se marchó a París. Allí vivió durante periodos en condiciones extremadamente precarias y trabajó como lavaplatos en hoteles y restaurantes. Las experiencias terminarían alimentando *Down and Out in Paris and London*, publicado en 1933.

Conviene, sin embargo, no fabricar otro mito.

ERIC BLAIR podía volver a casa.

Tenía familia, educación, relaciones y determinados apoyos a los que muchos de los indigentes con quienes convivía no podían recurrir. Parte de su descenso social fue deliberado: quería conocer aquella realidad y convertirla en material de escritura. La propia biografía que consulté señala que algunos

periodos de extrema precariedad fueron también una elección vinculada con su investigación literaria.

Eso no invalida su experiencia.

La vuelve metodológicamente interesante.

ORWELL estaba ensayando una forma de periodismo que posteriormente llamaríamos inmersivo: *no describir la pobreza desde el comedor; sino aprender cómo huele la habitación donde duermen los pobres.*

Trabajó recogiendo lúpulo. Frecuentó albergues. Conoció jornadas físicas agotadoras. Registró precios, alimentos, condiciones de vivienda, salarios, dientes enfermos, chimeneas, barro, carbón. No miraba solamente las grandes estructuras. Le interesaban los objetos pequeños mediante los cuales una estructura social entra en el cuerpo.

En 1936, el editor VICTOR GOLLANCZ le encargó viajar al norte industrial de Inglaterra para investigar las condiciones de trabajadores y desempleados golpeados por la *Gran Depresión*. De ese viaje surgiría *The Road to Wigan Pier*. La primera mitad fue reportaje social; la segunda, una discusión feroz sobre el socialismo y sus contradicciones.

ORWELL descendió incluso a las minas.

Allí descubrió algo que un dato estadístico difícilmente transmite: antes de comenzar a extraer carbón, muchos mineros tenían que recorrer largas distancias bajo tierra encorvados o prácticamente arrastrándose. Sus diarios registraron con una precisión casi obsesiva temperaturas, distancias, salarios, viviendas y alimentación.

Ese ORWELL importa para comprender al novelista posterior.

Porque su libro *1984* no describe únicamente una dictadura.

Describe también cigarrillos que se deshacen, ginebra mala, edificios

deteriorados, comida escasa, ascensores que no funcionan, ropas gastadas, frío, olores. La opresión política no aparece flotando en una teoría. Habita en objetos.

ORWELL había aprendido observando la pobreza que un sistema de poder entra en la vida cotidiana a través de cosas aparentemente insignificantes.

También en Wigan se aproximó de manera decisiva al socialismo. Pero nunca consiguió ser un socialista cómodo. Le irritaban la pose doctrinaria, el lenguaje automático y determinadas formas de superioridad intelectual de sectores de izquierda tanto como le irritaban las desigualdades que esa izquierda denunciaba.

Ésa será una característica permanente.

ORWELL fue de izquierda sin aprender nunca el arte partidista de no criticar a los propios.

Su compromiso se acercaba al *socialismo democrático*, pero desconfiaba de cualquier movimiento que exigiera sacrificar los hechos para proteger la doctrina. La ORWELL FOUNDATION recuerda que *The Road to Wigan Pier* fue decisivo para el desarrollo de sus convicciones socialistas.

Y entonces ocurrió España.

Allí la pobreza dejaría paso a las armas.

La política dejaría de ser discusión.

Y ORWELL descubriría que una mentira repetida por quienes uno considera aliados puede resultar tan peligrosa como una mentira pronunciada por el enemigo.



ORWELL llegó a España a finales de 1936 con una intención bastante clara: combatir al fascismo.

Europa observaba cómo la *Guerra Civil española* empezaba a convertirse en adelanto de la catástrofe continental que se aproximaba. HITLER y MUSSOLINI respaldaban a FRANCO. La Unión Soviética intervenía en apoyo de la República. Anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos y diversas organizaciones revolucionarias compartían un enemigo mientras mantenían profundas diferencias entre ellas.

ORWELL terminó combatiendo dentro de las milicias vinculadas al **POUM**, *organización marxista antistalinista*.

La vida en el frente tenía poco del heroísmo de los carteles. Había frío, armas deficientes, barro, desorganización y largos periodos donde la guerra parecía consistir principalmente en esperar. Pero ORWELL observó algo que lo impresionó profundamente: durante aquellos primeros meses en Cataluña había experimentado, al menos temporalmente, una sociedad donde

muchas jerarquías tradicionales parecían haberse debilitado.

Entonces llegó Barcelona.

En mayo de 1937, sectores de la propia República chocaron violentamente entre sí. La influencia soviética aumentaba y el **POUM** terminó acusado de traición y proscrito. ORWELL estuvo durante días en medio de aquellos enfrentamientos internos. Poco después volvió al frente.

El 20 de mayo una bala disparada por un francotirador le atravesó el cuello.

Sobrevivió casi milagrosamente.

Pero la bala no fue el acontecimiento que más transformó su pensamiento.

Fue lo que ocurrió después.

Cuando regresó a Barcelona descubrió que compañeros con quienes había luchado contra FRANCO eran perseguidos por autoridades de la propia República. Personas vinculadas al **POUM** podían ser detenidas, encarceladas o convertidas oficialmente en traidores. ORWELL y EILEEN tuvieron que esconderse y finalmente lograron abandonar España.

Había visto un mecanismo que más tarde aparecería obsesivamente en su libro *1984: el poder puede modificar el significado de una persona mediante una declaración*.

Ayer camarada.

Hoy traidor.

Ayer revolucionario.

Hoy agente del enemigo.

Los hechos podían reorganizarse para coincidir con las necesidades políticas del presente.

Y entonces ORWELL descubrió algo todavía más perturbador: fuera de España, periódicos que simpatizaban con determinada versión del conflicto repetían acusaciones que él sabía, por experiencia directa, que no correspondían a lo sucedido. Un artículo suyo sobre Barcelona fue rechazado porque criticar al gobierno republicano podía favorecer propagandísticamente a FRANCO.

Ése fue uno de los nacimientos intelectuales del futuro *Ministerio de la Verdad*.

No porque ORWELL pensara que fascismo y comunismo soviético fueran idénticos en todo. Sino porque había descubierto un mecanismo común de poder: cuando una causa considera que su supervivencia depende de una versión determinada de la realidad, *la verdad puede empezar a parecerle un lujo peligroso*.

En *Why I Write*, publicado en 1946, ORWELL explicaría que después de 1936 prácticamente todo su trabajo serio había sido escrito, directa o indirectamente, contra el *totalitarismo* y en favor del *socialismo democrático* tal como él lo entendía.

Esa frase es indispensable para no secuestrar ideológicamente a ORWELL.

No salió de España convertido en conservador.

Salió convertido en *antitotalitario*.

Su problema con STALIN no fue que ORWELL hubiera dejado de creer en la igualdad. Fue que había empezado a comprender que una revolución podía hablar en nombre de la igualdad mientras construía nuevas jerarquías; podía hablar en nombre del trabajador mientras encarcelaba trabajadores; podía defender la verdad mientras falsificaba hechos.

Homage to Catalonia, publicado en 1938, fue consecuencia directa de esa experiencia y no resultó precisamente un éxito comercial inmediato. Su contenido antistalinista incomodaba en una izquierda europea donde la Unión Soviética seguía ocupando un lugar simbólico enorme. La ORWELL FOUNDATION confirma que su editor habitual no quiso publicarlo y que el libro apareció finalmente con *Secker & Warburg*.

España le enseñó la lección que sostendrá toda su obra posterior:

el enemigo de la mentira no puede permitirse mentir sólo porque la mentira esta vez favorezca a su bando.

Ahí ORWELL dejó definitivamente de pertenecer a cualquier iglesia política.



Después de haber servido al Imperio y combatido en una revolución, ORWELL terminó trabajando en algo que parecería escrito por un biógrafo con afición excesiva a la ironía:

propaganda.

Durante la *Segunda Guerra Mundial* trabajó para la BBC entre 1941 y 1943 como productor del *Eastern Service*. Preparaba programas destinados principalmente al subcontinente indio dentro del esfuerzo británico de guerra. La ORWELL FOUNDATION describe directamente aquel trabajo como producción de contenidos que eran, en esencia, propaganda británica.

El viejo policía anticolonial terminaba trabajando para una institución pública imperial intentando convencer a poblaciones colonizadas de apoyar a Gran Bretaña frente al fascismo.

ORWELL vivía otra de sus contradicciones. Y aprendía.

La BBC no era el *Ministerio de la Verdad*. Conviene evitar esa caricatura. ORWELL mismo reconoció al marcharse que había gozado de un margen considerable y que no había sido obligado a decir en antena algo contrario a sus convicciones personales. Pero trabajar dentro de una gran burocracia informativa le permitió conocer sus engranajes: selección, edición, audiencia, lenguaje, prioridades, silencios. La ORWELL FOUNDATION ha señalado que allí comprendió desde dentro parte de la mecánica de la propaganda y de la burocracia que después nutriría su libro *1984*.

Ése es el punto importante.

ORWELL ya había descubierto en España que *los periódicos podían adaptar los hechos a una necesidad política*.

En la BBC aprendió cómo una institución moderna *produce información masivamente*. La cuestión dejó entonces de ser simplemente quién miente.

Se convirtió en algo más sofisticado:

¿qué ocurre cuando una institución posee capacidad suficiente para determinar qué información existe socialmente?

Ese interrogante terminará llevando a WINSTON SMITH.

SMITH no trabaja torturando disidentes ni dirigiendo ejércitos. Trabaja corrigiendo periódicos antiguos.

Es burócrata.

Ésa es una de las intuiciones más extraordinarias del libro titulado *1984*: el totalitarismo no depende únicamente del verdugo. Necesita archivistas.

Necesita alguien que cambie una cifra.

Alguien que destruya una fotografía.

Alguien que sustituya una palabra.

Alguien que revise el pasado hasta que la contradicción desaparezca.

ORWELL había comprendido que el lenguaje no es simplemente aquello con lo cual describimos la política. *El lenguaje puede ser una tecnología política*.

En 1946 desarrollaría esta preocupación en *Politics and the English Language*. Allí sostuvo que la degradación del lenguaje político no es inocente: los eufemismos y las expresiones prefabricadas pueden volver aceptables acciones que, descritas con palabras sencillas, resultarían moralmente insoportables.

Eso nos lleva directamente a la neolengua.

Reducir palabras significa también reducir posibilidades de formular pensamientos. Si una sociedad pierde lentamente el vocabulario con el cual puede describir una injusticia, el poder ya no necesita prohibir todas las protestas.

Le basta con dificultar que sean pensadas.

Pero todavía faltaba una pieza.

ORWELL había visto el Imperio desde una comisaría.

La pobreza desde un albergue.

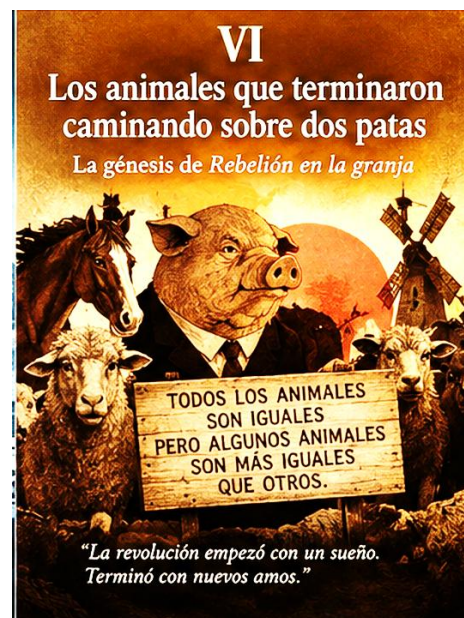
La guerra desde una trinchera.

La falsificación política desde Barcelona.

La propaganda desde una oficina.

Ahora debía convertir todo aquello en ficción.

Y comenzó con una granja.



La genialidad de *Animal Farm* consiste en que puede leerse en una tarde y discutirse durante décadas.

ORWELL escribió la obra entre 1943 y 1944. Era una fábula aparentemente sencilla: los animales de una granja expulsan a su propietario humano y construyen una sociedad destinada a liberarlos de la explotación. Poco a poco *los cerdos concentran autoridad*, modifican reglas, reorganizan recuerdos y terminan reproduciendo aquello que la revolución había prometido destruir.

Napoleon representa claramente a STALIN; *Snowball* remite a TROTSKY; pero el libro supera con rapidez la mera equivalencia histórica.

Su verdadero objeto es *la metamorfosis del poder*.

Una revolución comienza pronunciando una palabra: *igualdad*.

Después aparece una excepción.

Luego una necesidad.

Después una interpretación.

Finalmente, quienes administran el lenguaje administran también el significado de la igualdad.

No fue fácil publicarlo.

En aquellos años la Unión Soviética no era simplemente la dictadura estalinista que ORWELL quería satirizar. Era también aliada militar de Gran Bretaña contra HITLER. Criticarla frontalmente durante la guerra resultaba políticamente incómodo. Varios editores rechazaron el manuscrito; la ORWELL FOUNDATION documenta cómo aquellas resistencias retrasaron su publicación hasta agosto de 1945.

La situación tiene un sabor profundamente orwelliano: *un libro sobre las dificultades de decir ciertas verdades encontró dificultades para ser publicado porque aquella verdad resultaba inconveniente en ese momento político*.

Cuando finalmente apareció, tuvo un éxito extraordinario. Los escritos biográficos registran cerca de cinco mil ejemplares vendidos durante las primeras seis semanas y

el salto de ORWELL hacia un reconocimiento literario que llevaba años persiguiendo.

Pero la victoria llegó acompañada de tragedia.

EILEEN, su esposa, había muerto repentinamente en marzo de 1945 durante una intervención quirúrgica. Tenía treinta y nueve años. Meses antes *ambos habían adoptado a un niño*, RICHARD HORATIO BLAIR. ORWELL recibió la noticia de la muerte de su esposa, mientras trabajaba como corresponsal de guerra en el continente europeo.

El escritor que finalmente alcanzaba éxito internacional regresaba a casa viudo y padre. Y todavía enfermo.

Hay otro aspecto de *Animal Farm* que merece atención porque revela hasta qué punto ORWELL continúa siendo mal leído. Después de su publicación temió que los conservadores británicos utilizaran la novela como argumento contra *todo socialismo*, cuando él la había concebido principalmente como *ataque contra el estalinismo* y la traición totalitaria de la revolución. Seguía considerándose socialista.

La apropiación política de ORWELL comenzó, por tanto, mientras todavía estaba vivo.

Desde entonces izquierda y derecha llevan décadas arrancando frases de sus libros para golpearse mutuamente con ellas.

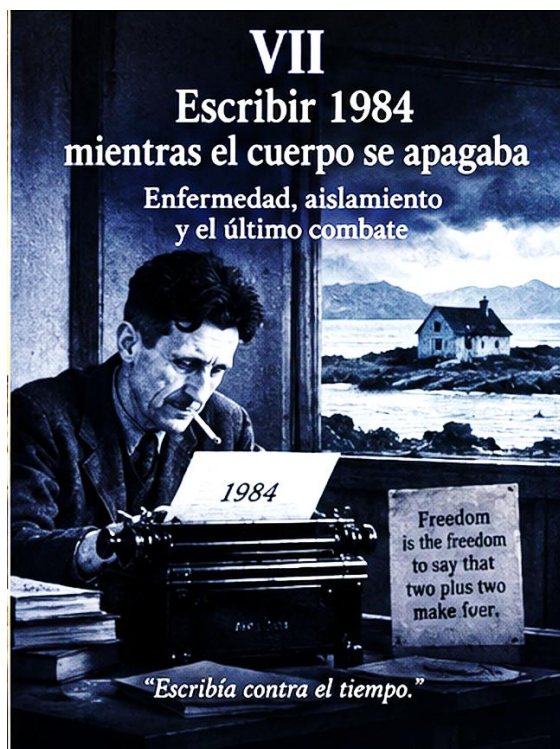
Quizá ése sea el destino inevitable de un escritor que se negó a ser totalmente disciplinado por cualquiera de los dos bandos.

Pero ORWELL tenía ya otra novela en la cabeza.

Sería más oscura.

Más ambiciosa.

Y tendría que escribirla mientras su propio cuerpo empezaba a perder la batalla.



Después de la muerte de su esposa EILEEN, ORWELL buscó aislamiento.

Terminó encontrándolo en *Jura*, una isla de las Hébridas Interiores escocesas. Allí alquiló Barnhill, una casa remota, situada a kilómetros del pueblo más cercano y difícil de alcanzar mediante una combinación de trenes, autobuses, barcos y carreteras complicadas.

El lugar parece casi diseñado para el último acto de su vida.

Un hombre enfermo.

Una isla.

Un niño pequeño.

Una máquina de escribir.

Y una novela sobre un mundo donde nadie puede estar solo.

Su salud, delicada desde la infancia, se deterioraba rápidamente. La tuberculosis avanzaba. Los médicos le recomendaban reposo. ORWELL respondía escribiendo.

Durante las décadas de 1930 y 1940 había contemplado el ascenso de HITLER y STALIN, había experimentado la violencia interna de la izquierda española y había observado con desconfianza mecanismos de censura y

propaganda incluso en la Gran Bretaña democrática durante la guerra. La biografía aportada señala precisamente cómo esas experiencias confluyeron en su preocupación por la manipulación del lenguaje y de la verdad.

Barnhill fue el lugar donde todas aquellas capas terminaron uniéndose.

Birmania aportaba la vigilancia colonial.

La pobreza aportaba la escasez y la degradación material.

España aportaba la falsificación de los hechos.

STALIN aportaba las purgas, la desaparición política del adversario y el culto personal.

HITLER aportaba el espectáculo totalitario y la movilización de masas.

La BBC y la guerra aportaban la burocracia informativa.

Y ORWELL añadió aquello que quizá conocía mejor que cualquier otra cosa: *el individuo solo tratando de conservar una verdad interior frente a una estructura mucho más poderosa que él.*

WINSTON SMITH trabaja precisamente alterando el pasado. Vive bajo vigilancia permanente. Tiene que ocultar incluso la expresión del rostro. Su rebelión comienza de una forma que, para ORWELL, era casi sagrada: escribe.

No dispara.

Escribe.

La resistencia comienza recuperando una relación privada entre palabra y verdad.

ORWELL avanzó sobre el manuscrito a pesar del deterioro físico. A finales de 1947 un médico le diagnosticó tuberculosis y fue hospitalizado cerca de Glasgow. Mejoró temporalmente y regresó a *Jura* para revisar la novela. Cuando terminó el manuscrito necesitaba pasarlo en limpio; intentó conseguir un mecanógrafo dispuesto a viajar hasta Barnhill. No encontró ninguno.

Entonces, gravemente enfermo, *lo mecanografió él mismo.*

La escena merece permanecer fuera de toda mitología porque ya es suficientemente extraordinaria.

El hombre que estaba escribiendo una de las grandes novelas del siglo XX estaba físicamente agotado mientras producía páginas sobre un Estado cuya aspiración final era agotar moralmente al individuo.

Terminó el trabajo.

Y prácticamente se derrumbó.

Nineteen Eighty-Four (1984) apareció en junio de 1949 con una primera impresión importante a ambos lados del Atlántico. El éxito fue inmediato. Pero para entonces su autor estaba ya demasiado enfermo para disfrutar plenamente de aquello por lo que había trabajado durante años.

En octubre se casó con SONIA BROWNELL desde la cama del hospital.

Se proyectó trasladarlo a Suiza con la esperanza, o quizá solamente con el deseo, de ofrecerle mejores condiciones.

No llegó.

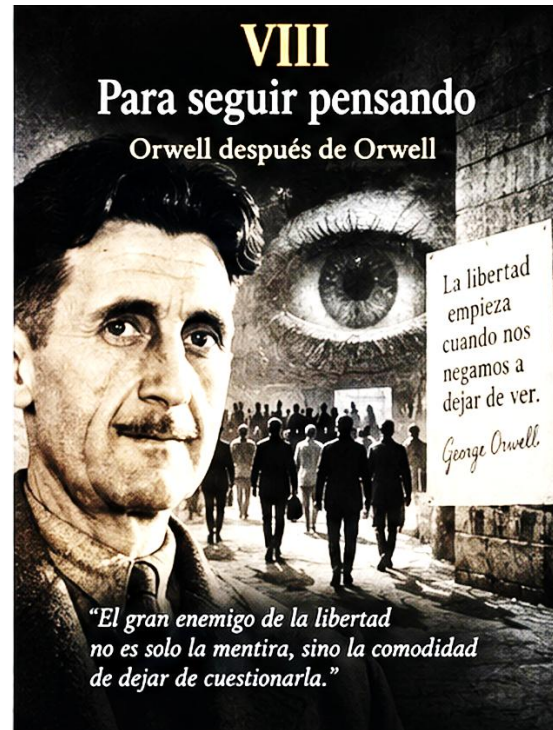
GEORGE ORWELL murió el 21 de enero de 1950.

Tenía cuarenta y seis años.

Habían transcurrido apenas siete meses desde la publicación de su libro *1984*.

El escritor que imaginó al *Gran Hermano* nunca conoció el mundo televisivo, digital y algorítmico que convertiría su apellido en advertencia cotidiana.

Pero ya había visto bastante.



GEORGE ORWELL murió joven.

Su adjetivo sobrevivió.

Orwelliano.

Pocos escritores han conseguido —o padecido— algo semejante. KAFKA se convirtió en *kafkiano*. MAQUIAVELO en maquiavélico. ORWELL terminó convertido en una palabra que millones de personas utilizan incluso sin haber leído una sola página suya.

Una cámara de vigilancia es **orwelliana**.

Una campaña de censura es **orwelliana**.

Una base masiva de datos es **orwelliana**.

Una modificación interesada del pasado es **orwelliana**.

Una mentira gubernamental repetida hasta transformarse en verdad oficial es inevitablemente **orwelliana**.

El problema es que, a fuerza de utilizarlo para todo, corremos el riesgo de hacerle a ORWELL exactamente aquello contra lo cual escribió: *vaciar una palabra de significado mediante repetición*.

También hemos convertido al hombre en trofeo político.

Una parte de la derecha lo presenta como profeta definitivo de los horrores del

socialismo. Una parte de la izquierda recuerda—correctamente—que ORWELL fue *socialista democrático* y acusa a sus adversarios de secuestrarlo. Ambas lecturas contienen una parte de verdad y pueden terminar perdiendo precisamente aquello que vuelve interesante al escritor.

ORWELL desconfiaba del *totalitarismo soviético*.

Y del *fascismo*.

Y del *imperialismo*.

Y de las *desigualdades brutales* del capitalismo de su época.

Y de los *intelectuales que deformaban hechos* para defender la causa correcta.

Y de la *propaganda estatal*.

Y del *lenguaje político* cuando comenzaba a ocultar en lugar de revelar.

Su *socialismo* no le impidió denunciar a STALIN. Su *antifascismo* no le impidió denunciar las mentiras cometidas dentro del campo antifascista. Su condición de inglés no le impidió atacar al Imperio británico. Y su experiencia con la pobreza tampoco lo llevó a idealizar automáticamente a quienes la padecían.

Esa incomodidad permanente es probablemente su verdadero legado.

ORWELL no parece haber querido entregar una doctrina completa al lector.

Quería conservar algo anterior a la doctrina: *la posibilidad de afirmar que un hecho sigue siendo un hecho, aunque nuestra tribu política necesite que sea otra cosa*.

En *Why I Write* explicó que una de sus motivaciones era descubrir alguna mentira que quisiera exponer y algún hecho sobre el cual quisiera llamar la atención. No es una mala definición de toda su trayectoria.

Porque eso hizo una y otra vez.

Vio el Imperio desde dentro y escribió contra el imperialismo.

Vio la pobreza y escribió contra la indiferencia de clase.

Vio una revolución y escribió contra quienes traicionaban sus promesas.

Vio propaganda y escribió sobre el control del lenguaje.

Vio cómo los periódicos podían modificar los hechos y terminó imaginando un ministerio dedicado profesionalmente a corregir el pasado.

Por eso su libro *1984* no cayó del cielo en 1949.

Tampoco *Rebelión en la granja* apareció simplemente porque ORWELL hubiera leído demasiado sobre STALIN.

Detrás de esos libros había casi medio siglo de experiencias: el niño colonial, el becario incómodo, el policía imperial, el aspirante a escritor rechazado, el lavaplatos parisino, el vagabundo voluntario, el visitante de minas, el socialista heterodoxo, el miliciano, el hombre herido en el cuello, el fugitivo de Barcelona, el propagandista incómodo, el periodista, el viudo, el padre y finalmente el enfermo que continuaba escribiendo mientras sus pulmones cedían.

ERIC BLAIR tuvo que vivir todo eso para que GEORGE ORWELL pudiera escribir lo que escribió.

Quizá ésa sea la parte de su historia que olvidamos cuando repetimos alegremente «*Gran Hermano*» cada vez que aparece una nueva tecnología o citamos *Animal Farm* para ganar una discusión política.

ORWELL no fue importante porque adivinara exactamente nuestro futuro.

Fue importante porque entendió ciertos mecanismos del poder que no necesitan pertenecer a una época determinada.

El poder necesita lenguaje.

Necesita memoria.

Necesita clasificación.

Necesita enemigos.

Necesita obediencia.

Y, llegado cierto punto, necesita que el individuo desconfíe incluso de aquello que acaba de ver con sus propios ojos.

En *Politics and the English Language*, ORWELL sostuvo que la corrupción política y la corrupción del lenguaje terminan

alimentándose mutuamente. Era una idea que había aprendido antes de escribirla. La había visto en Birmania, en España, en la propaganda y en las luchas ideológicas de su tiempo.

Por eso vale la pena regresar al hombre detrás del libro *1984*.

No para venerarlo.

Eso probablemente habría sido lo menos *orwelliano* que podríamos hacer.

Sino para hacer con él aquello que él exigía frente a toda autoridad: *examinarlo, discutirlo, encontrar sus contradicciones, verificar los hechos y negarnos a convertirlo en consigna*.

Porque el homenaje más pobre que puede hacerse a GEORGE ORWELL es repetirlo.

El mejor quizá sea conservar aquello que pasó su corta vida tratando de defender: *la incómoda libertad de mirar una realidad, aunque contradiga nuestras convicciones, y todavía atreverse a llamarla por su nombre*.

REFERENCIAS

Orwell, G. (1933). *Down and out in Paris and London*. Victor Gollancz.

Orwell, G. (1934). *Burmese days*. Harper & Brothers.

Orwell, G. (1936). Shooting an elephant. *New Writing*. El ensayo fue publicado originalmente en 1936 y constituye una de las principales fuentes para comprender la experiencia colonial de Orwell en Birmania.

Orwell, G. (1937). *The road to Wigan Pier*. Victor Gollancz. La obra surgió de su investigación de 1936 sobre las condiciones de vida de trabajadores y desempleados del norte industrial inglés.

Orwell, G. (1938). *Homage to Catalonia*. Secker & Warburg.

Orwell, G. (1945). *Animal Farm: A fairy story*. Secker & Warburg.

Orwell, G. (1946a). Politics and the English language. *Horizon*, 13(76), 252–265. Versión consultada en The Orwell Foundation. [Politics and the English Language](#)

Orwell, G. (1946b). Why I write. *Gangrel*, (4). Versión consultada en The Orwell Foundation. [Why I Write](#)

Orwell, G. (1949). *Nineteen eighty-four*. Secker & Warburg.

Orwell, G. (1947). Preface to the Ukrainian edition of *Animal Farm*. The Orwell Foundation. [Preface to the Ukrainian Edition of Animal Farm](#)

Seaton, J. (2017, November 10). *George Orwell at the BBC: A reflection*. The Orwell Foundation. [George Orwell at the BBC: A reflection](#)

Taylor, D. J. (n.d.). *Orwell: A (brief) life*. The Orwell Foundation. [Biography: Orwell: A \(Brief\) Life](#)

The Orwell Foundation. (n.d.). *About George Orwell*. [About George Orwell](#)

The Orwell Foundation. (2017, November 10). *George Orwell at the BBC*. [George Orwell at the BBC](#)

The People Profiles. (2023, June 26). *George Orwell – A warning to mankind documentary* [Video]. YouTube. [George Orwell – A Warning to Mankind Documentary](#) La transcripción biográfica que utilizamos para reconstruir cronológicamente la vida de Orwell corresponde a esta fuente y cubre desde su nacimiento y servicio en Birmania hasta España, la BBC, Jura, 1984 y su muerte.

Vilaseca, B. (2023, May 4). *Claves para deshipnotizar la mente y liberar el pensamiento | 1984 | George Orwell* [Video]. YouTube.

- *** **Fabio A. Marulanda V.**
- ☆Historiador. Universidad Nacional de Colombia-UNAL.
- ☆Abogado. Universidad Autónoma Latinoamericana-UNAULA.
- ☆Traductor. Universidad de Antioquia-UDEA.
- ☆Maestrando. Derecho Penal Internacional y Transnacional. Universidad de La Rioja-UNIR, España.

